

## LA FACULTAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Conocer nuestra propia patria es, sin duda, la mayor y más meritoria de las empresas. Es también la más indispensable y la más útil.

Tal conocimiento no es el superficial que puede adquirirse en clases elementales de Geografía e Historia patria, y que persevera en nosotros a lo largo de la vida gracias a la tenacidad de la memoria infantil. Conocer nuestra patria es tener noticia cierta e inteligente de lo favorable y de lo perjudicial que se guarda en su territorio y que se relaciona con el bienestar y progreso de la comunidad colombiana.

Sus orígenes, tradiciones e historia, su religión y su lengua, la posición geográfica del país, la variedad de sus climas, el relieve de sus tierras, la distribución y caudal de sus aguas, la sucesión de los vientos y las lluvias, los frutos que por acá se logran, los minerales y demás productos que pueden ser objeto de explotación y de comercio, ¿son, por ventura, otra cosa que un capital portentoso con que el Hacedor nos aventajó para que lo trabajásemos y sacáramos de ahí la virtud que engrandece a las naciones y la bienandanza que les da paz laboriosa y fecunda por dentro, respeto y consideración por defuera?

A par de los beneficios que la Providencia radicó en nuestro territorio, deben considerarse y estudiarse las causas libres o fatales que nos ponen al riesgo de desaprovecharlos o—lo que sería más lastimoso—de convertirlos en instrumentos de miseria y de ruina. Los defectos y tachas que habitualmente desmejoran nuestra índole, la vaguedad desesperante y progresiva de que adolece nuestra formación mental, espiritual y moral, el abandono e incuria a que nos acostumbró la generosi-

dad de nuestro suelo combinada con la dispersión de sus habitantes, las dolencias endémicas y las plagas morales que afligen estas o las otras regiones, el descuido realmente fatalista o torpemente receloso con que se miran las más elementales precauciones de higiene y policía, las mil y una formas de rutina que se cobijan con el nombre respetable de tradiciones, sin ser otra cosa que pereza averiguada o ignorancia supina, el desconocimiento de las causas naturales que influyen en la merma y aumento de los cultivos, la necia persuasión de que toda reforma o iniciativa, para ser saludable, ha de ser importada,.... todo y mucho más que pudiera añadirse tiene que ser objeto primordial de estudio para quien se empeñe en saber lo que es su Patria y lo que será más propicio y conducente para engrandecerla.

Esto sin contar con que aquel carácter inconfundible, aquel sello peculiarísimo que debe especificar y distinguir a nuestra Patria entre todas las naciones, no se conseguirá sino cuando, hecho el inventario de sus capacidades y de sus deficiencias, hallemos un sistema constante para desarrollar las primeras, y remediar o atajar las segundas.

Y desde el más puro y superior orden espiritual hasta la más humilde esfera material, todo adelanto y todo progreso tienen como punto de apoyo el conocimiento de las cosas o entidades que se tratan y el del medio o ambiente en que se hallan.

De la fe, que es una manera de conocimiento sobrenatural, se dice en la Escritura que «sin ella es imposible agradar a Dios». Paralelamente pudiera decirse que sin el conocimiento de la Patria es imposible merecer bien de ella.

Cuando Fray Cristóbal de Torres fundó el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario pretendió crear un foco de donde irradiasen entrambos conocimientos: el de la fe y el de las ciencias, el de Dios y el de la Patria.



No hablemos del primero que sería materia de nobilísimas consideraciones, y concretémonos al segundo.

El Colegio del Rosario adornó a la República con una legión esplendorosa de legistas y jurisperitos, de maestros y doctores en el arte de gobernar a este pueblo, quiero decir, en la ciencia política. Para ello fue menester darles a aquellos ingenios venerandos un conocimiento copioso y exquisito de nuestras instituciones, de nuestras necesidades, del alma y del espíritu nacionales que iban formándose y afianzándose paulatinamente. Algo más que la destreza en el manejo de unos códigos, algo más que la pericia en guiarse a través del tortuoso y enmarañado laberinto de la letra legal, algo más que una fría y árida erudición, era menestar para adelantar labor tan grande, y por cierto que el Instituto de Fray Cristóbal supo dar a sus discípulos inmortales un conocimiento tan dilado y tan profundo de las leyes de la política, que los habilitó y esforzó para pasar a la historia con el nombre de próceres y con el título de fundadores de la República. Ejemplos tan insígnies obligan al Colegio Mayor a preservar su enseñanza de aquel abatimiento utilitario que hace poco señalaba el Primer Magistrado en su telegrama del 26 de enero, utilitarismo que concluye lanzando a los ciudadanos unos contra otros «como si fueran vastas agrupaciones de malhechores».

El Colegio del Rosario crió también en sus Claustros a los que habían de afanarse en servicio de la Patria escudriñando sus posibilidades físicas y naturales. Los nombres de Mutis y de Caldas son ya símbolos legendarios de este empeño; y quien pase los ojos por el *Semanario* que publicó el excelso hijo de Popayán, se convencerá de que es vano atender a la prosperidad de la República sin un conocimiento escrupuloso de las ciencias naturales. El Colegial y Consiliario rosarista,

don Francisco José de Caldas, cuando escribió el *Estado de la Geografía del Virreinato de Santa Fe de Bogotá con relación a la economía y al comercio*, no imaginaría seguramente que, andando el tiempo, casi no tendrían los colombianos otra noción geográfica que la indispensable para manejar circunscripciones electorales.

¿Por qué no había de resucitar el Colegio del Rosario el estudio de las ciencias naturales que Mutis y Caldas enseñaron? ¿Por qué no había de querer servir a la República formando peritos en Zoología y Botánica, en Geología y Mineralogía, en Física y Química y Dibujo que no sólo esparcieran entre sus conciudadanos las nociones precisas para beneficiar los productos naturales, para defender los cultivos, para aprovechar con inteligencia los inventos recientes, mas también para que el Gobierno pueda disponer de personal competente ora en las aduanas, ora en los laboratorios y oficinas de higiene, ora en las dependencias de los Ministerios de Agricultura, Industrias y Comercio, ora en las expediciones científicas y en las empresas de colonización interna, ora, en fin, en los centros de propaganda nacional que existen en el exterior?

Y no han sido otros los propósitos del Colegio Mayor del Rosario al restablecer la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales. Repitámoslos una vez más, pero citando las palabras de Caldas en la Memoria de 1810: «En un cuerpo de patriotas sabios, que rejuvenece como la naturaleza, que se perpetúa a pesar de las vicisitudes y de la inconstancia de las cosas humanas, está vinculada la industria, la agricultura, el comercio y cuanto puede hacer a un pueblo numeroso, rico y feliz». Contribuir a la formación de ese «cuerpo de patriotas sabios» es todo lo que el Colegio Mayor pretende con su Facultad de Ciencias.

Pretende también—fin muy digno de la alta espiri-

tualidad que Fray Cristóbal dejó por herencia en su Colegio—que las ciencias aunadas con las matemáticas habitúen a la juventud a inquirir las causas y razones de las cosas para no juzgar de todo apresurada, liviana y superficialmente con tanta presunción como imprudencia. Sólo una disciplina científica y matemática puede darnos aquel temple mental que apacigua los entusiasmos desalumbrados y las veleidades atropelladas y las actividades sin rumbo y las prosperidades a crédito que tan duramente estamos pagando. Ni hay para qué anotar que aun en el orden político y social sería de grandísimo provecho ese buen hábito de averiguar el por qué, la razón y el motivo reales y verdaderos de muchos fenómenos. A precio de algunas desilusiones adelantariamos hacia la verdad que pacifica y ornamenta la vida.

Esta breve noticia de lo que podría ser la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales que ofrece a la juventud el Colegio del Rosario, no puede concluir sino con las palabras de su Consiliario el sabio Caldas:

«Sacar todo el partido posible de los bienes con que el Criador enriqueció nuestro país, cultivarlos, mejorarlos con el trabajo, con la reflexión y con el estudio, es usar de nuestras facultades, es corresponder a las miras benéficas de la naturaleza, es salir de la apatía vergonzosa de las naciones salvajes, y ponernos al nivel de los pueblos civilizados, industriosos y felices... ¿Hay acaso algún genio enemigo de la Nueva Granada que entorpezca y arruine los proyectos benéficos?—No, ninguno se opone a nuestra prosperidad, pero nuestro poco patriotismo, nuestra indolencia, nuestras ideas individuales concentradas dentro de nosotros mismos, arruinan la grandeza y la felicidad pública».—(*Memoria de 1810*).

13 de febrero de 1931.